



Toda la correspondencia se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DEL TURIA **D. Jerónimo Lafuente**, Teruel.
No se devuelven los originales.

La REVISTA se ocupará de todos los libros y demás publicaciones científicas y literarias que se remitan á la Direccion.

Los autores serán responsables de sus escritos. Véanse los precios de suscripcion en la cubierta.

SUMARIO.

- Crónica*, por Un Teruelano.
El mes de las almas tristes, por D. Antonio le Trueba.
Cuatro palabras sobre algunas criptógamas, por D. Miguel Ubeda y Maorad.
Algunas consideraciones sobre los para-rayos, por D. Joaquin Ibañez.
La sima de San Pedro, por D. J. Comas Gabern.
Boletín de la Sociedad Económica Turolense e Amigos del país.

CRÓNICA

LA Comision provincial que ha de informar acerca del estado y necesidades de la clase obrera, prosigue sin levantar mano sus trabajos.

Nombrado un Comité ejecutivo, con arreglo al art. 8.º de la Instruccion, compuesto de los Sres. D. Bartolomé Estevan, D. Félix Arias, D. Mariano Muñoz Nogués, D. Vicente del Castillo, D. José Villarroya, D. José María de Soto, D. José María Uguet, don Carlos Tarrat, D. Luis Urroz, D. Vicente Guillen, D. Ramon Unsain, don Eugenio Soriano, D. Bernardo Castilla, D. Jaime Alpuente, D. Juan Francisco Fernandez y D. Eduardo Verdejo, tomó los siguientes acuerdos:

Crear tres zonas, cuyas juntas podrán constituirse en Alcañiz, Albaracin y Mora respectivamente.

Dirigirse á la prensa de esta localidad y á la de la provincia solicitando su concurso y excitándola á que ilustre los diversos puntos del Cuestionario que tengan relacion inmediata con

la manera de ser y necesidades de la provincia.

Que se haga análoga excitación á las personas que especialmente se hayan dedicado al estudio de esta clase de cuestiones, habiéndose indicado al efecto los nombres de los Sres. D. Antonio Igual, D. Jerónimo Blasco, don Manuel Bernad, D. Valero Rivera y D. Mariano Avellon.

Oir en primer término, con arreglo al extremo 3.º del art. 10, á las asociaciones de producción y consumo que en la provincia funcionan con alguna regularidad, como asimismo á los gremios de los diversos oficios.

Pedir, acerca de los puntos que ha de abrazar la información, el autorizado parecer de las juntas, corporaciones y sociedades que por razón de su fin ó instituto, puedan suministrar datos ó emitir parecer autorizado sobre cualquiera de los problemas de que se trata, tales como la Económica turolense, el Instituto, Junta de agricultura, Escuela normal, Junta de instrucción pública, Comisión de pósitos, Colegio de abogados, Círculo de obreros, Asociación médico-farmacéutica, Sociedad de señoras de San Vicente de Paul y Sindicato de riegos.

Solicitar del Congreso sociológico que se organizó en Valencia el año anterior, copia de las actas de sus sesiones y de los acuerdos adoptados.

Descartar del Cuestionario aquellos puntos ó preguntas que, como los referentes á trasportes marítimos é industrias explotadas por el Estado, no interesan directamente á esta provincia.

Nombrar cuatro comisiones especiales compuestas, una de industriales, artistas y artesanos, otra de propietarios y labradores; la tercera de médicos y eclesiásticos, y la última de letrados, para el estudio, examen y contestación que ha de darse á las preguntas del Cuestionario.

Componen la Comisión de industriales, los Sres. Tarrat, Guillen, Alpuente, Castilla, Verdejo, Zarzoso, Adrian, Punter y Ferran, y los obreros que forman parte de la Junta provincial.

La de propietarios y labradores, los señores Urroz, Unsain, Soriano, Torán, (D. José,) Mata, Silvestre, Herro, Campalans, Igual, (D. Joaquin,) Uguet y Pané.

La de médicos y eclesiásticos, los señores del Castillo, Villarroya, Fernandez, Ferrero, Moreno, Marin, Herrero, Vallés y Valero.

Y la de letrados, los Sres. Presidente de la Audiencia, Fiscal, Juez de instrucción, Municipal, Registrador de la propiedad, Soto, Nougues, (D. Mariano, y D. Bernabé,) y Estevan.

Y por último, encomendar á cada una de estas Comisiones el examen é información de aquellas preguntas que están más en armonía con la índole y especiales conocimientos de las personas que las forman.

Aprobados los anteriores acuerdos por la Junta provincial, y cumplimentados por el Comité, una vez que hayan contestado las personas invitadas y las Comisiones, tendrá lugar la información oral que establece el art. 12 de la Instrucción, y el 15 de Noviembre próximo quedarán cerradas así la información oral como la escrita.

Esperamos que antes de dicho día habrán llenado todos su cometido, para que pueda la Comisión provincial cumplir con lo preceptuado en el art. 16.

..

Varias personas de esta capital tienen el propósito de contratar una compañía de zarzuela que por espacio de dos meses actúe en el Teatro de esta ciudad, cuando menos dos veces á la semana.

Completamente ajenos á toda idea

de lucro y llevando por único y exclusivo móvil la distraccion que indudablemente ha de proporcionar el planteamiento de esta idea, han hecho los trabajos preparatorios siguientes que exponen á la consideracion de aquellas personas que gusten ayudarles en sus propósitos:

1.º Se invita á abonarse bajo las bases y tipos que á continuacion se expresan:

	<i>Reales.</i>
Plateas números 1 y 10 con 8 entradas por los dos meses.	640
Idem del 2 al 9 inclusive con 5 entradas por igual tiempo.	400
Palcos con 5 entradas por los dos meses.	320
Butaca con entrada.	80
Gradas con entrada.	48
Entrada general.	32

2.º Si el resultado del abono fuera tan satisfactorio que superase á los gastos, la mitad del sobrante se invertirá en disminuir el precio de las localidades y la otra mitad en hacer limosnas á los pobres de la poblacion.

3.º Desde el día de hoy pueden empezar á hacerse los abonos en casa del Sr. Mediano que galantemente se ha brindado á recoger las notas de aquellas personas que deseen abonarse.

4.º Los abonados nombrarán una Comision de su seno que se encargue de las recaudaciones, verificar los pagos y presentar las cuentas, las cuales estarán siempre á disposicion de todo individuo que quiera examinarlas.

5.º El importe del abono se satisfará en dos plazos; el primero al recibir las localidades para las ocho primeras representaciones, y el segundo al recibirlas para las ocho últimas.

6.º Tan luego como se hayan hecho algunas inscripciones de abono, las indispensables para poder llevar á cabo el pensamiento, la Comision organizadora, citará á una reunion general, en la que ademas de nombrarse

la Comision que ha de representar al abono y de que antes se ha hecho mérito, se discutirán y ultimarán las bases que se estimen convenientes para el mejor desenvolvimiento de esta idea.

Lo cual que salieron (en Zaragoza) á recibirlos á la estacion gran número de aficionados y curiosos, y hubo cohetes, apretones de manos y otras demostraciones de alegría cornúpeta al alcance de cualquier ciudadano que vaya para lidiador.

No salieron tambien las músicas, porque eso todavía no está muy de moda; pero conste que en Santander ya han sido recibidos los diestros al compas de un *higno*, y que yo no pierdo la esperanza de ver que los gobernadores de provincia salen á esperar á Mazzantini vestidos de uniforme, á la cabeza de las corporaciones y de las autoridades locales y entre los acordes de la marcha real.

¡Viva Mazzantini primero!, se oirá gritar á la muchedumbre frenética de entusiasmo.

Y las señoras le arrojarán flores, cigarros, palomas y otros comestibles desde los balcones.

Y las señoritas, agitarán los pañuelos unas, y lanzarán otras sobre el carruaje del matador una verdadera lluvia de versos por el estilo de los siguientes:

¡Sus, Mazzantini, gloria de la patria, de la patria gran gloria y esplendor; que vivas dos mil años, y entretanto loor á tí, barbian, mucho loor!

Las tropas presentarán las armas en la carrera; las campanas enronquecerán á fuerza de gritos, y no faltará por ahí un Mencheta que telegrafe á Madrid la entrada triunfal del egregio espada.

¡Olé, viva nuestra mare!

¿Con que también ahí, amigo Chomin? Con que también en esa estación de ferro-carril ha habido una *irregularidad*? Pues mira, lo que es en Trruel libres estamos por hoy de que sucedan tales percances en ninguna estación de esa especie; en las otras, esto es, en las que adornan el camino del campo-santo, ya es otra cosa. Alguna de estas mismas estaciones es ya una *irregularidad* por sí; puesto que en los cuadros que contienen representando las escenas de la Pasión, hay una en que se vé al Salvador con la cruz acuestas caminando hácia Trruel, nó hácia el Calvario, como parece lo regular.

En cuanto á estas irregularidades, lo mismo exactamente sucede aquí; de manera que con decir, *poco más ó ménos*, lo que tu dices, estamos al fin de la calle.

Que se ha descubierto una *irregularidad* en Cuba. Que se ha cometido otra en la Caja del Regimiento número 90.....Que acaba de saberse.....

Y vuelta y dále con las *irregularidades*. Hace ya tiempo que están de moda y no lleva traza de pasar tan pronto.

Cambiarán de forma, como cambian cada mes los sombreros de orinal; como cambiaron desde que no se entendía por *irregularidad* otra cosa que el impedimento canónico para recibir las órdenes ó ejercerlas. Hoy por *irregularidad* se entiende el tomar de donde hay, una cantidad de dinero ó de billetes de banco; el comerse, vamos al decir, una partida de pinos, una cantera de piedra ó unos cuantos kilómetros de camino, etc.

Pero son muchos más que estos los *irregularizadores*, y más aún los *irregularizados*.

Porque es un error gordo el creer que las *irregularidades* solo se cometen por los empleados y contratistas, allí donde hay barro á mano. Las

irregularidades son de todos los tiempos, de todas las edades; nacieron con el mundo y con el mundo morirán.

Tan *irregularidad* fué, en su clase, la jugada que le hizo la serpiente á Eva en el paraiso, como la cometida hace pocos meses en Galicia, segun rezan los papeles, con una carretera.

De lo cual se desprende que las *irregularidades* pueden ser de muchas clases, de muchísimas: por mas que el fin de todas ellas sea uno solo, que no hay necesidad de decir.

Vamos á ver, ¿quién no ha sido irregularizado alguna vez? Mejor dicho, ¿quién no es *irregularizado* todos los días?

Ayer, sin ir mas léjos, fui yo mismo víctima de unas cuantas *irregularidades*, de esas que estoy seguro se cometen á cada paso con cualquiera de ustedes: *irregularidades* muy corrientes y vulgares, eso sí, pero al fin y al cabo *irregularidades*.

Me levanté, tomé chocolate, y zás... *irregularidad*. Ni era aquello chocolate, ni Cristo que lo fundó.

El chocolate, segun tengo entendido, debe componerse de cacao, azúcar y canela. El que yo tomé ayer y ¡ay! el que tomo todos los días, debe de componerse de cualquiera cosa menos de canela, azúcar y cacao.

Tras del chocolate aquel, bebí un vaso de....leche iba á decir; pero ya me guardaré yo bien de darle semejante nombre. Un brevaie blanquecino y claro que se vende como si fuera leche pura de cabra.

Por supuesto, no dudarán ustedes que yo pago el chocolate lo mismo que si real y verdaderamente fuera tal chocolate, y pago también la leche como si me la dieran sin agua ni otra mezcla alguna; pero el chocolatero y la lechera arreglan las cosas de otro modo y me dan: el primero, chocolate de habas, arroz, ó cuando más de almendra, y no alicantina, con vistas

de almagra, regularmente molida; y la segunda aguachirle ó cosa tal.

Y vamos andando, ó vamos reven-tando.

Eché mano á la petaca, tomé un pitillo, y en seguida me vino á las mientes aquello de

«Ayer un pitillo flaco
desenvolví con afan,
y encontré en vez de tabaco,
cebolla, *tortilla* y pan »

Yo no encontré nada de eso, porque no tuve valor para deshacer el tísico cigarrillo. Desde un día que tropecé en uno con un *añadido* y una *raspa* de sardina, les tengo un miedo horroroso y no me atrevo á abrirlos. A quien abriría en canal sería.....pero no perdamos el tiempo con los pitillos, ya que perdamos la salud.

Basta saber á ustedes que me fumé, sin que experimentara mayor novedad, el que saqué de la petaca, aunque me supo algunas veces á cuerno quemado, peor aún que el chocolate y demás *irregularidades* de que había sido víctima.

Conste que yo pago los cigarros como si fueran buenos, en moneda de ley contante y sonante, y conste también que siempre me los dan malos.

Al poco rato llegó el cartero con algunas cartas y periódicos para mí y aquí fué Troya. Y quien dice Troya dice *irregularidad*.

De una de las cartas había sido extraída una libranza de 25 pesetas que un amigo me remitía para que le comprase con ella el Código penal, «La Moral en acción» y otros papeles mojados. De los periódicos no hablemos. Con decir que de cinco me faltaban tres, y medio de los restantes.....! Esta *irregularidad* la atribuyo á la necesidad en que se vería algún empleado en correos, de papel, para envolver salchichas, por ejemplo.

Y es por fin disculpable en cierto

modo, porque hoy por tí mañana por mí. O lo que es igual: ayer me tocó á mí la china, y otro día le tocará á cualquiera de ustedes.

Púseme á leer las cartas y periódicos que no habían sido *irregularizados*, y cuando mas engolfado estaba en la lectura, entró la criada á decirme que *aquello* era un escándalo.

—¿Cuál? le pregunté.

—Esto, señor, contestó enseñándome dos ó tres panes que traía en la mano.

—¿Estás loca, muchacha? ¿Con que el pan nuestro de cada día es un escándalo?

—El pan, nó señor; el peso del pan.

—¿Qué tiene el peso del pan?

—Pues que no lo tiene.

—¿Quién no lo tiene?

—El pan.

—¿El qué no tiene el pan?

—El peso.

—¿Qué peso?

—Señor, ¿soy yo tonta? Este pan de kilo no tiene un kilo: este otro de medio no tiene medio: les faltan no se cuantos metros.

—¡Acabáramos de una vez! Eso se dice en otros términos.

—Yo no entiendo de términos.

—Pero quieres decir que ese pan está *irregularizado* ¿no'es eso?

—Casi todos los días me lo dan así.

—¡Ah! pues entonces es una *irregularidad regular*!

—¿Por qué no lo pone usted en los periódicos?

—¡En presidio, si que pondría yo á algunos!

He presentado á ustedes á la moza como otra *irregularidad*, porque en cada millar sale una á quien, como á ella, le importe un pito que le den el pan *corto* con tal que la toleren hablar *largo* con el novio.

En estas *irregularidades* y las otras llegó la hora de almorzar y almorcé..

- Muchacha, ¿de dónde es este vino?
 —Señor, de la misma casa que el que bebió usted ayer. ¿Qué es malo?
 —Rematado.
 —Pues yo no sé ya de donde traerlo.
 —Desde mañana lo traerás de la botica.
 —¿De la botica?
 —Sí, pides una botella de rejalgarr de lo fino.
 —¿Se va usted á envenenar?
 —Más envenenado me quieres aún?
 ¿Pues qué es sino veneno el vino que bebo todos los días?
 —Si traigo del mejor... ¡vaya! y como caro cuesta: será que está, lo que usted dice... *aderezado*.
 —Sí, con demonios.

¿Quiéren ustedes más? Pues vayan ustedes sumando: el chocolate *irregularizado*; la leche *irregularizada*; los pitillos, el correo, el pan, el vino.... Y todo esto sin salir de casa, y sin meterme en más honduras ni en más filosofías.

De donde se infiere que vivimos en plena *irregularidad*, mejor dicho, vivimos de milagro.

¿A qué, pues, hacer tantos aspavientos cuando leemos en los periódicos noticias de tal ó cual *irregularidad*, si el mundo está lleno de *irregularidades* y ya lo irregular es lo regular?

Otra vez, que ocasion habrá, echaremos un párrafo sobre otras *irregularidades* regulares de las mil y mil que se nos presentan á la vista siempre que nos atrevemos á lanzarnos á esas calles de la capital y sus contornos, en días lluviosos y no lluviosos, *irregularidades* que á nosotros los que las vemos á diario no nos parecen tales, sino lo más regular y natural del mundo.

¿A quién le parece *irregular*, por

ejemplo, el piso de la calle de la Enseñanza, el de la del Seminario, el de la del Salvador, el de la de San Juan, etcétera, etc.? El piso *irregular* será en caso, para nosotros, el de la calle de Carrasco: el *regular* el de todas las demás.

¿Es *irregular* por ventura, el que desde las diez de la mañana hasta la una de la tarde, récuas de animales impidan el tránsito en las calles más céntricas? Lo *irregular* sería poder pasar cualquiera sin tener que saltar un ronzal ó desatarlo, ó sin exponerse á un par de coces de *órdago*.

¿Quién se extraña, ni tiene por *irregularidad* el que las fuentes no den agua? Lo *irregular* sería que la dieran, aun este año en que ha llovido casi tanto como cuando enterraron á Zafra.

¿Es *irregular* tal vez... Pero tiempo habrá, como dije antes, para continuar por este camino.

El campo de las *irregularidades* está por segar todavía, como comprende cualquiera. Solo he espigado algunas y de cierta clase, dejando para mejor ocasion otras, tales como las *irregularidades* políticas, que, sin salir de nuestro heróico pueblo, podrían darnos materia para embadurnar más hojas que tiene un misal.

Un Teruelano.

EL MES DE LAS ALMAS TRISTES.

(Conclusión.)

Lo que desde aquel cerro ví y sentí al ponerse el sol una tarde de Octubre, bastó por sí solo para engendrar toda la honda y misteriosa melancolía que derramó mi corazón en el libro entonces sentido aunque escrito durante todo aquel año.

Cuando en Madrid empiezan á pregonarse por las calles las avellanas y las nueces frescas, no sé qué nube de tristeza se extiende sobre todos los corazones.

Aquel pregon es el anuncio de que viene Octubre, y la venida de Octubre lo es de que la naturaleza va á morir, ó cuando menos va á entregarse á un sueño parecido á la muerte.

III.

¡Qué alegre, qué placida, qué hermosa es la primavera en mis valles nativos! Si hermosa y apacible es la primavera en mis modestas riveras del Cadagua, no lo es menos el estío; pero ¡ay! por eso mismo el anuncio de la llegada de Octubre es en estas riberas más triste. ¡El *eresiá* euskara y el *saudade* lusitano son tanto más intensos cuanto más dulce es el recuerdo en que se alimentan!

Los castañares, los helechales, los robledales y los viñedos empiezan á amarillear. Los molinos de los riachuelos muelen á represas y envidian á los del río caudal, cuya tolva suena sin intermision día y noche. Ya en las laderas de los montes brillan las quemadas fraudulentas con que los pastores preparan hierba fresca y abundante á sus rebaños en la otoñada.

La vena de hierro del monte cantábrico, cuya abundancia maravillaba al naturalista Plinio, y el carbon de los robledales de la Arbosa, y de los bortales de Zóquita y Labarrieta afluyen á las ferrerías. Los manzanos de las líneas de las heredades parece que quieren competir con los naranjos de las marismas, dando el color del oro á sus pomas.

El humo que desciende de las laderas de los montes denuncia con su especial olor á tierra quemada las roturas cuyo césped quema el labrador para preparar la siembra del trigo y la *oya* con que el carbonero presta ayuda á la industria fabril. La aluvia que crecía amorosamente abrazada al pié del maiz, abre la envoltura de su fruto anunciando que éste se halla en sazón. Los maizales se tornan de verdes en blanquecinos y cárdenos. Los *chimbos* desdeñan la zarzamora y la endrina porque el higo de ropa de pobre, cuello de ahorcado y ojo de viuda, les brinda alimento más azucarado. Los castaños y los nogales apedrean al que transita á su sombra con el fruto que se desprende de ellos por su propia gravedad.

Y por último, cuando el viento del Sur ha silbado durante la noche en el ramaje de los árboles que cercan la casería, la buena madre de familia cuida de madrugar ó de hacer que

sus hijos madruguen más que el ganado, para que éste no coseche las manzanas, las castañas y las nueces que amanecen alfombrando el suelo.

Cuando sucede todo esto, no hay que preguntar si Octubre está lejos ó cerca: Octubre ha llegado, ó cuando ménos está á punto de llegar. Cantan las vendimiadoras en los viñedos; cantan los que varean y los que recogen la castaña en los castañares, y cantan hombres y mujeres en los boronales, las primeras arrancando la dorada espiga y amontonándola en la linde, y los segundos cargando con ella su carro y conduciéndola á la cercana casería.

Pero en medio de estos cantares, que son un himno de alabanza á la próspera naturaleza y á las santas alegrías del hogar, la misma naturaleza alza un vago y siniestro y misterioso rumor que suena como á cántico de muerte. Allá en determinados pináculos las aves viajeras se juntan para emprender en grandes caravanas, á la usanza de su tierra originaria, el regreso á las cálidas y secas regiones del medio día, que abandonaron en la primavera buscando las frescas y húmedas regiones del septentrion.

Las hojas caen de los árboles y ruedan arboleda abajo impulsadas por el viento del Sur, que no las abandona hasta que encuentra sepulcro para ellas á la sombra de un seto vivo cubierto de zarza-rosas, madreselva y jazmines, ó en el fondo del cauce seco de la ferrería, cuyas melancólicas ruinas, vestidas de hiedra y vides silvestres, se ven allá abajo á la orilla del río.

Ya, en fin, no hay pájaros que canten, y si cantan algunos, su canto no es de amor como en la primavera y el estío, que es como de despedida eterna!

Una pobre sobrina mia, hija de mi hermano, perdió la razon en la edad más florida y hermosa de la vida. Impúsemle la triste misión de conducirla al manicomio donde estaba nuestra única esperanza de que recobrase la razon, aunque Dios no quiso que esta esperanza se realizase, pues la pobre muchacha espera la resurreccion universal en los tristes y desolados campos que rodean á la populosa ciudad del Pisuerga en vez de esperarla bajo las frescas enramadas de la Encartacion. Le habíamos dicho que iba á que le viesse un afamado médico de Castilla que resucitaba los corazones muertos como el suyo, pues uno de los rasgos de locura era el de que el corazón se le había muerto.

El trén en que caminábamos iba á perder de vista á Vizcaya atravesando las vertiginosas laderas septentrionales del Altube. Mi in-

feliz sobrina, cuya razon parecia haberse extinguido hacia mucho tiempo, se asomó entónces á la ventanilla del coche y permaneció algunos momentos con la vista clavada en los montes del Noroeste que dominan á los valles encartados, y de repente sus ojos se llenaron de lágrimas. Mi corazon dió un vuelco de alegría, porque la fuente de aquellas lágrimas parecia haberse secado para siempre desde el dia en que la razon dejó de alimentarla.

—¿Por qué lloras, pobre hija mia? pregunté á la muchacha con el ánsia y el amor que me inspiraban la consanguinidad y el infortunio inmerecido.

—¡Lloro, me dijo, porque ya no volveré al pié de aquellos montes!

—¿Por qué no has de volver, hija? El médico que vamos á ver...

—Tio, me interrumpió la pobre loca, cuando viene Octubre y las hojas de los árboles enferman, ni Dios, que es el mejor de los médicos, las sana, y las hojas caen y mueren y se pudren en la tierra.

—Si, pero al volver la primavera vuelven á cubrirse de hojas...

—Pero son otras hojas las que los cubren! volvió á interrumpirme el pobre ángel herido de muerte, cuya razon no volvió á brillar más tras aquel vago, fugitivo y singular destello de luz.

¡Desde entónces, cuando en Octubre veo amarillear y caer las hojas de los árboles, no basta á ahuyentar la melancolía de mi alma la consideracion de que así que venga la primavera otras las han de sustituir, porque pienso, como la infeliz hija de mi hermano, que aquellas serán otras hojas!

IV.

Es verdad lo que decia mi padre: Octubre viene con la alforja trasera llena de maiz y fruta tardía. Es verdad que la venida de Octubre es la alegría de la esperanza realizada. Es verdad que lo que Octubre trajo en las alforjas ha de regocijar los hogares cuando Diciembre y Enero cubran los campos de nieve y azoten la ventana con sus granizadas y ventiscas; pero no por eso deja de ser Octubre para mí y para todos los que conocemos por ciencia propia del alma el *eresiá* euskaro ó el *saudade* lusitano, el mes de las almas tristes.

Entre los recuerdos de mi infancia que no mueren ni aún se debilitan, ocupa el primer término el de la primavera, en que la natura-

leza resucita, y el de otoño en que la naturaleza muere.

Hay quien sostiene muy formalmente que la poesía, es decir el sentimiento que constituye la esencia de la poesía, es un germen que solo se desarrolla con la cultura literaria.

No estoy conforme con esta opinion absoluta, porque muchos, sin nocion alguna artística, sin nocion alguna literaria, sienten la poesía con intensidad tal que debieran enviarla muchos de los que, como poetas, han obtenido asiento en la Real Academia Española de la Lengua. Yo he sido uno de los que pueden vanagloriarse de lo primero, aunque no pueda ni merezca ni desee vanagloriarme de lo último.

Ni aún sabia yo leer, porque en las Provincias Vascongadas, donde la poblacion está dispersa en caserías aisladas, que á veces distan de la escuela leguas enteras, es necesario que los niños pasen de ocho años para que sus padres se atrevan á enviarlos á la escuela, dificultad que no obsta para que estas provincias se encuentren entre las españolas en que más generalizada está la instruccion primaria; ni aún sabia yo leer cuando mi corazon palpitaba de alegría, y hasta mis ojos se llenaban de dulces lágrimas viendo cubrirse de hojas y de flores y de pájaros canoros el castañar á cuyo pié estaba nuestra casería y el bosquecillo de árboles frutales que daban sombra á nuestras ventanas, y aquellas palpitations y aquellas dulces lágrimas iban en aumento conforme se completaba la resurreccion de la naturaleza.

En el arte de pensar y de expresar puedo haber progresado, pero en el arte «no aprendido» de sentir, ¡qué retroceso, Dios mio, aunque todavía no escribo páginas como estas sin que algunas lágrimas borren algunas letras!

¡Calcúlense por mis alegrías al ver á la naturaleza resucitar, mis tristezas al ver á la naturaleza morir! Dos veces al año subia yo á la cúspide de una montaña que domina admirablemente mi valle nativo: una cuando la naturaleza resucitaba en Abril, y otra cuando la naturaleza moría en Octubre. Mi madre solia decir que donde cae una lágrima de alegría nace un clavel, y donde cae una lágrima de dolor nace un cardo. ¡Oh excelsa cumbre del Billar, á donde yo subia en el mes de las almas alegres y en el mes de las almas tristes! ¡Qué claveles tan suaves y qué cardos tan ásperos deben nacer en tu cúspide!

Antonio de Trueba.

CUATRO PALABRAS SOBRE ALGUNAS CRIPTÓGAMAS.

No es el objeto de estos mal pergeñados renglones hablaros de las criptógamas que pertenecen al mundo invisible. Si el germen colérico está comprendido en ese gran subreino, allá se las hayan Pasteur y otras celebridades científicas: la familia de la que voy á decir cuatro palabras, tiene individuos de gran talla, comparados con esos que nos los pintan tan diminutos como el átomo; entre estos y aquellos existe la distancia del humilde musgo al gigantesco baobab: me refiero á los hongos.

La familia de los hongos que comprende unos trescientos géneros repartidos en varias tribus, eran ya conocidos de Teofrasto, Dioscorides y Galeno. Durante el otoño, después de lluvias duraderas, es cuando se desarrollan con extraordinaria celeridad, con preferencia en los sitios herbosos, frescos y sombríos, viviendo unos en la superficie de la tierra y otros en el interior de animales y de plantas vivos y muertos y en las sustancias orgánicas. Son de colores muy variados pero nunca verdes; absorben de sus habitaciones, algunas veces, parte de los alimentos, en particular los nitrogenados, con que se nutren, y toman otros de la atmósfera, de la cual á imitación de los animales fijan oxígeno y desprenden ácido carbónico; de aquí el que se note cierta fetidez en los sitios que abundan, puesto que fijan el gas respirable y desprenden productos insanos por su putrefacción.

Proporcionan los hongos á cada paso un alimento abundante, y un terrible veneno. La analogía que existe entre los individuos de algunos géneros, venenosos unos, y comestibles otros, ha dado lugar á frecuentes equivocaciones y accidentes funestos: raro es el otoño que no tengamos noticia de tristes ejemplos, demostrando palpablemente esta verdad.

Hace unos ocho días, en el inmediato pueblo de Alba, madre é hija se dirijian presurosas hacia el bosque, en busca de criaderos de lo que por aquí llaman *seta de cardo*: al declinar la tarde se las vé regresar presurosas con la alegría en el rostro y los canastillos llenos de hongos del género *Boletus*, para ellas indudablemente desconocidos. ¡Desgraciadas! creen llevar un manjar delicado preparando una sorpresa al jefe de la familia, y van á ser víctimas del deletéreo jugo del *Boletus cyanescens*.

En efecto; á la mañana siguiente de haberlos comido, todos aparecen con los síntomas de envenenamiento, falleciendo la hija de veintidos años de edad, á las diez y seis

horas; la madre á las cuarenta y ocho; y el padre, gracias á haber comido menor cantidad, ha podido librarse después de una convalecencia penosa y duradera.

Otros mas casos podría enumerar sucedidos en diferentes pueblos, pero me creo sea suficiente el anterior, para demostrar los desastrosos efectos producidos en la familia en cuestión. No olvidemos que hasta los mas inocentes por la extraordinaria rapidez que entran en putrefacción, se convierten en venenosos, y huyamos de esos individuos que cual otros hipócritas, llevan el sombrero calado, temerosos de que les veamos daguerreotipado en el rostro el veneno de su corazón.

Si alguna vez queremos hacer uso de esta comida, que, para muchos constituye un agradable manjar, es preciso que tengamos presente: 1.° Algunos caracteres generales de los comestibles y venenosos: 2.° Desechar preocupaciones que la mayor parte de las veces dan lugar á sentidas equivocaciones: 3.° Sujetarlos á la sencilla manipulación que los hace comestibles.

1.° No habiendo ningun caracter que pueda servirnos de guía con entera confianza, me limitaré á exponer lo que sobre esto dice la «Flora Farmacéutica» de D. Juan Texidor cuya obra recomiendo á mis lectores: «Los hongos comestibles tienen generalmente blanca la carne, quebradiza, de olor grato, casi carecen de sabor, ó es parecido, siendo crudos, al de la avellana también cruda y joven, que se pueden secar y no varían de color. En general deben desecharse los hongos suberosos, coriáceos ó tan carnosos que fácilmente se derriten en agua de color oscuro; los de color brillante, abigarrado ó cuya carne interior se colorea por el contacto con el aire; los que despiden olor viroso, desagradable, y tienen sabor amargo, ácido, acre y picante.» Omito los caracteres botánicos que establecen varios autores porque tendría que hablar de *stipes*, *hymenio*, *peridio*, etc. cuyas voces inteligibles para gran parte hacen repulsiva una ciencia tan amena de por sí y tan apropósito para embelesar á los amantes de las bellezas de la naturaleza.

2.° El procedimiento muy usado de introducir una cuchara de plata en la vasija que se han puesto á condimentar los hongos, considerando como venenosos los que ennegrecen dicho metal, es muy engañoso y debe desecharse para no exponerse á su acción tóxica. Los que así proceden me parece van tan engañados como los que creen estar libres de la acción deletérea del óxido de carbono que se

desprende del brasero de carbon, por haber puesto de antemano un trozo de hierro.

3.º Antes de describir la sencilla manipulacion que se asegura hace á todos los hongos comestibles, creo oportuno citar un hecho en apoyo de la misma.

Una pobre familia de Alba ha venido alimentándose por espacio de ocho dias con cuantos hongos se presentaban á su paso, sin fijarse si podrian ser ó no venenosos: además, se sabe comió el mismo dia y de los mismos que ocasionaron la muerte de la familia antes mencionada, sin haber tenido la menor novedad. No dejó esto de llamar la atencion de la mayoría del pueblo; pero como tienen la falsa creencia de que el veneno es depositado por la vivora, se lo explican muy bien diciendo que esta familia tuvo la dicha de elegir los que no habian sido emponzoñados por el reptil. Sospechando yo que los habrian sometido á repetidas lociones con las que debió desaparecer el principio nocivo, pregunté al jefe de la familia y me contestó lo que sigue: «Mi mujer es muy limpia y antes de someterlos al guiso, les daba muchas aguas sujetándolos á una fuerte presion y dejándolos de lavar cuando el jugo que al principio era negruzco, salía limpio y cristalino.» He ahí la sencilla manipulacion que los libró de la desgraciada suerte de sus vecinos.

En muchas naciones del Norte usan como comestibles cualesquiera hongos, teniendo la precaucion de dividirlos y macerarlos con agua avinagrada ó bien salada, é hirviéndolos luego con ella que despues se tira.

El procedimiento que propone Gerard y más admitido es el siguiente: Macérense dichas plantas durante dos horas con agua salada ó avinagrada; lávense despues empleando gran cantidad de agua comun; hiérvanse en el referido vehículo por espacio de media hora, y últimamente, vuélvanse á lavar y enjúguense. Para 500 gramos de hongos, cortados en cuatro ó en ocho pedazos segun su magnitud, deberán ponerse 1000 de agua con tres cucharadas de vinagre ó dos de sal.

Si por un medio tan sencillo como de fácil ejecucion pueden evitarse infinidad de víctimas, tratemos de hacerlo popular por cuantos medios podamos disponer; y tendremos la seguridad de que la «Estadística demográfico sanitaria» dejará de registrar defunciones producidas por el veneno de los hongos.

Miguel Ubeda y Maorad.

Santa Eulalia y Octubre de 1884.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LOS PARA-RAYOS.



medida que se hacen los descubrimientos, adelantan en su progreso las ciencias, las artes, los oficios. Pueden considerarse aquellos, como verdaderos termómetros que marcan el estado de mayor ó menor cultura de los pueblos, en cualquier momento histórico que se les considere, en esa *ley del progreso* intelectual del hombre, que por otra parte, es ley universal.

La agricultura, que es el primer arte positivo, real, que el hombre posee, necesario para su vida; aquel por medio del cual, son ricos los pueblos; aquel por el que son libres y dichosos, bien merece que se le mire con más estima que ningun otro, á fin de llegar á conseguir lo muchísimo que promete nuestro rico y fértil país.

Vengan en su ayuda, la mecánica, como manantial de aparatos que faciliten las operaciones de laboreo, acarreo, sementeras y demás que la constituyen; las ciencias, esplicando racionalmente los principios ó leyes á que están sujetos los fenómenos agrícolas, no solo para atender al mejoramiento de las tierras y obtencion de la mayor calidad y cantidad de los frutos, sino tambien el de reducir ya que no anular esos fenómenos meteorológicos que arruinan comarcas enteras, destruyendo por completo las cosechas y llevando á millares de familias á la miseria más espantosa. Tales son las inundaciones que se presentan en el otoño; los hielos propios del invierno; las tormentas de primavera, verano y otoño; y las sequías que comunmente se dejan sentir en la primavera, acarreando funestas consecuencias, más aun si son pertinaces en todo el año, pues hasta los vegetales de raíz profunda languidecen y muchos mueren.

El objeto de este artículo, es tratar de las tormentas y medio de combatirlas, que es el único posible hasta hoy, el de los para-rayos.

En efecto, evidente es que si la electricidad atmosférica tuviera medios á propósito para conducirse al depósito comun de donde partió, no se daría el caso de vérsela acumulada en gran tension en las nubes entre las que tiene lugar un trabajo mecánico de gran potencia, cuyas manifestaciones son el relámpago y el trueno. Es decir, el calor, la luz y el violento batir de las partículas aéreas interpuestas entre las dos fuerzas.

Dígalo, sino, lo que sucede en la estacion de invierno en que la tormenta no tiene lugar. ¿Y por qué?

La electricidad constantemente y de la misma manera se desprende de la superficie de la

tierra, lo mismo en verano que en invierno, lo propio en el mar que en la tierra, tanto en la cuenca como en la montaña. Solo hay que observar, que no es de la misma naturaleza. Según esperiencias verificadas por los físicos, es unas veces positiva y otras negativa; pero en suma siempre electricidad que en cantidades infinitesimales y por medio de las vesículas de vapor acuoso constantemente se están elevando á la atmósfera.

Puede por lo mismo considerarse como una corriente ascendente y para que subsista el equilibrio, se hace preciso, que por uno ú otro medio vuelva al punto de donde parti6. Cosa facil en invierno, si se considera que el aire constantemente saturado de vapor acuoso, como se halla, es un cuerpo buen conductor de aquella; luego, en tal caso, es facil concebir que el estado eléctrico del aire no varía sensiblemente. No así en verano en que por efecto del calor solar, el aire es mas seco, y sabido es, que conduce mal la electricidad; cuya propiedad es tanto menor, cuanto más seco está, hasta el punto de ser nula, si se dá el caso de no contener partícula alguna acuosa.

Por donde, venimos á deducir que en verano, roto el equilibrio de la corriente ascendente con la descendente, siendo la primera constante y la segunda variable y menor que la primera, habrá un exceso de electricidad en la atmósfera en estado latente que cuando se coloca en condiciones *ad hoc* se reduce de un modo violento, y aquí, de la tempestad acompañada siempre del trueno, la luz, el calor. Esto es, que la Naturaleza tiende al equilibrio y cuando le falta, lucha, se esfuerza para recuperarlo y no cesa hasta conseguirlo.

El constante estado de humedad, es en suma un descargador natural de la electricidad atmosférica. Si este estado fuera permanente no habría caso; porque las tormentas no existirían; pero como no es así, se hace preciso inventar descargadores que las reduzcan, ya que no las anulen por completo. El que por hoy reúne las mejores condiciones es debido al inmortal Franklin, conocido con el nombre de para-rayos. Y ciertamente lo será mientras no se inventen otros que como especie de pequeños globos cautivos lanzados á la atmósfera queden estacionarios y dotados de buena capacidad conductora formen excelentes descargadores artificiales, aun cuando esto no sea otra cosa que una modificación del de Franklin.

De todo lo expuesto, se infiere que un sistema de para-rayos situado convenientemente y en primer término en los puntos mas altos de las montañas, y despues, en los que podemos llamar secundarios, dentro de los límites

de una zona dada, bastaría para impedir la formación de las tempestades.

Esto se ha hecho en Francia en algunos departamentos, y la ciencia esperimental habla hoy de un modo satisfactorio por los excelentes resultados obtenidos.

Terminaré haciendo un llamamiento á todos los agricultores de esta provincia y á los del resto de España, para que pongan en práctica el referido sistema y tengan la seguridad de que así se verán libres de las tormentas y sus consecuencias.

Joaquín Ibañez.

LA SIMA DE SAN PEDRO.

(Continuación.)



CIERTA noche quise dar una serenata á Teresa, y al llegar la hora concertada, mis amigos y yo nos hallábamnos frente la puerta de su casa, provistos de guitarras; pero al mismo tiempo armados de garrotes que colgaban de la mano izquierda, pues á lo mejor nuestras jotas y rondeñas se convertían en una de palos que hacían del pueblo un campo de Agramante.

No punteaban las vihuelas, cuando, de improviso, por un extremo de la calle asomó el otro bando rascando, mas bien que tocando, las suyas y dando los más descompuestos y desaforados gritos. Dije á mis compañeros que dejaran libre el paso á fin de evitar la pendencia que aquellos ó Estéban habían diestramente preparado; mas en vez de seguir calle abajo, se detuvieron, y mezclándose á nosotros, continuaron en sus desacordes voces, tanto que la serenata hubo de convertirse en infernal y espantosa cerrada. Pregunté por Estéban, á fin de que pusiera término á la burla, y como sus amigos dijeran que no estaba, rogué á los míos que despejaran la calle y dejaran el campo al otro bando. De pronto, cuando se ejecutaba mi orden, éste empezó á dar silbidos y voces de ¡cobardes! ¡gallinas! y otras de igual jaez.

No fué ya posible contener á mis mozos: atacaron valientes á los otros, que, resueltos á entrar en lucha, aguardaban á pié firme la embestida. Volaron en astillas las guitarras, se empuñó el garrote y cayó un turbion de palos como si fuera bendición del cielo. Rara era la vez que se sacaban las navajas, y aunque siempre había cabezas rotas ó espaldas muy calientes, casi nunca interviniera la

justicia. Yo luchaba con dos ó tres mozos, cuando de pronto sentí más abajo del hombro un dolor frío, agudo y tras él un chorro de sangre que se deslizó ardiente por mi cuerpo. Después oí la voz de uno de mis amigos que gritaba:

—¡Traidor! ¡asesino! ¡le ha herido por la espalda! ¡Es Estéban! ¡cogedle! ¡cogedle!

El garrote se escapó de mis manos, vacilé sobre mis piés y caí derrumbado al suelo á tiempo que los dos bandos se dispersaban, el uno para emprender la fuga y el otro para andar en persecucion de Estéban, que habia armado la celada.

Cuando recobré el sentido, me hallé tendido en una cama y rodeado de muchedumbre de gente que me prodigaba sus cuidados. Por espacio de quince días mi vida erró en los lindes del sepulcro, hasta que por fin mi suventud, mi vigor y los diligentes y amorosos desvelos de mi madre, pudieron arrancarme á una muerte que todo el pueblo creía cierta.

Sané á los tres meses, y al dejar el lecho juré que algun dia me vengaría de Estéban el herrero.

Este no se hallaba en el pueblo; por la noche en que cometió su accion infame, logró escapar de la aldea, y burlando á mis amigos se incorporó al ejército carlista, que á la sazón privaba en la comarca. Mi primer intento fué el de alistarme en el ejército liberal y aguardar á que las veleidades de la suerte me pudiesen con él frente á frente; pero un desertor de las filas de D. Carlos dijo que se hallaba en Cantavieja, donde Dorregaray habia concentrado sus fuerzas, y á cuya fortaleza iba Martinez Campos al objeto de cercarla.

Renuncié, por entónces, á mi idea, y seguí en mi oficio de arriero. Ganóse Cantavieja, y Dorregaray hizo su retirada á las provincias del Norte con la mayor parte de su gente, aunque otra, mucho más exígua, no queriendo abandonar el país, se refugió en las asperas de Teruel y del Maestrazgo.

Sospeché que Estéban el herrero pertenecía á esta última, y supe algun tiempo despues que efectivamente habia estado en Alcañiz con parte de los suyos, qui iban huidos y azuzados por las tropas del gobierno.

Cierto dia yo me hallaba camino de la Zaida, á cuyo punto llevaba unos pellejos, cuando á media hora de San Pedro oí rumor de fusilería alternado con cañonazos.

Era un encuentro entre liberales y carlistas. Yo piqué mis bestias con objeto de hallar abri-

go en la posada. Ya en ésta, cesó la fusilería, y sólo se oía el galopar de los caballos en lomas y veredas, cierta y palpable señal de que uno de los bandos emprendia la fuga y que el otro le perseguia acuchillando. La ventera, única persona que habia en la posada y que era la misma que hoy nos sirvió el almuerzo, estaba completamente sola y permanecia acurrucada en el hogar buscando valor y sosiego en las enormes cuentas de un rosario que tenia entre sus dedos.

Traté de animarla, dije que habia cesado el fuego, que habia pasado ya el riesgo, y me dispuse á llevar mi recua al establo. Cobró aliento la ventera y me ayudaba á quitar los arreos, cuando de pronto un hombre, aun mozo, pálido, sudoroso, con las facciones alteradas por el miedo y llevando boina entró corriendo en la venta y nos dijo:

—La caballería me persigue y no hay cuartel. ¡Ocultadme por piedad ó soy hombre muerto!

¡Estéban el herrero! grité yo aun más pálido que éste, pues no era otro el carlista que acababa de entrar en la venta.

—¡Anton! exclamó el jóven, aterrado. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡estoy perdido!

Llevé por instinto mi mano á la faja donde guardaba mi cuchillo; mas luego cruzó otra idea en mi cerebro, y reponiéndome dije á la ventera.

—¿Podemos salvarle?

—Sí, respondió esta: en la bodega hay heno y cubas secas.

—Ven conmigo, dije á Estéban.

Y le llevé á un negro y húmedo sótano con oficios de bodega, donde se almacenaba el vino de la venta.

Arrimada á un rincon y cerca una pila de heno, habia una gran cuba donde se hacia el mosto en la vendimia. Dije á Estéban que se metiese en ella, y lo cubrí de yerba.

Luego me reuní á la ventera.

Ya era tiempo.

No habíamos aviado mis bestias, cuando oímos el galopar de dos caballos que se detuvieron frente á la posada y echando pié á tierra sus ginetes, entraron en ella desnudos sus sables y amartilladas sus pistolas.

(Se continuará.)

J. Comas Galibern.